

TRES TOQUES

Todo cambió cuando alguien llamó tres veces a la puerta.

Los niños dormían en el piso de arriba, ajenos a la fría noche tras los cristales. Elena dejó el libro sobre la manta y sintió que el corazón le daba un vuelco. Un recuerdo antiguo, depositado en lo más hondo de su memoria, emergió como un destello.

—No puede ser —negó en un susurro—. No es posible que sea él.

Tres toques. Siempre tres, siempre iguales.

Era la señal convenida en aquellas cálidas noches de verano, cuando él la esperaba junto al rosal y ella bajaba a escondidas con las sandalias en la mano. Entonces escapaban juntos sin rumbo, riendo bajito, como si la noche los envolviera a propósito.

Creyó haber perdido ese sonido para siempre. Pero allí estaba, en mitad de la oscuridad desapacible, llamando a su puerta como un eco lejano.

Contuvo el aliento un momento. Su mano giró el pomo casi por instinto. La tenue luz reveló unos ojos cálidos, tantas veces añorados en secreto.

Arriba, uno de los niños murmuró entre sueños.

Elena sintió que pasado y presente se entrelazaban en el umbral. Y por un instante no supo a qué lado pertenecía.